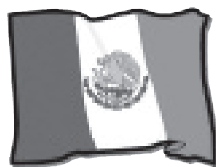
PERSEGUIDO Y VICTORIOSO



MÉXICO

Abril 26 *Agustín Cruz es un agricultor y obrero laico que vive en el estado de Oaxaca, México.*

[Pida a un adulto que presente este relato en primera persona]

Ahórquenlos! ¡Cuelguen a los herejes!», gritó la airada turba.

Observé al grupo; eran mis vecinos y amigos. ¿Cómo pueden comportarse de este modo?, pensé mientras las rudas manos de algunos me llevaban a empujones hacia la horca improvisada. Mi vecino se tambaleó hacia mí. Alguien deslizó sogas por encima de nuestras cabezas, y otro gritó: «Ahora, ¿te arrepentirás y regresarás a la iglesia del pueblo?»

—¡No! —respondí, y sentí que la soga me apretaba el cuello.

Oré por mi esposa, que había quedado sola en casa; por mi vecino, que se hallaba de pie junto a mí; y por los demás, que habían escuchado mi testimonio y querían seguir a Jesús.

Un viaje de fe

Mi viaje de fe había comenzado varios meses atrás mientras viajaba en autobús por el sur del país. El hombre que ocupaba el asiento del lado me habló de Dios y la Biblia. Percibió mi interés y me sugirió que comprara una Biblia para que la pudiera leer personalmente. Y así lo hice. Para cuando volví a mi aldea, estaba ansioso de compartir con otras personas mi fe creciente.

El hombre que conocí en el autobús me invitó para que visitara su iglesia, donde los feligreses adoraban en sábado, no en domingo. Así que el sábado mi esposa y yo caminamos dos horas hasta el pueblo siguiente, donde había una iglesia adventista. Quedamos encantados con las reuniones y decidimos volver el sábado siguiente. Antes de regresar a casa, los hermanos me regalaron ocho Biblias para estudiar con la gente de mi aldea.

Esa misma semana repartí las Biblias entre mis amigos y les conté de las maravillas que Dios había hecho en mi vida. Luego los invité a leer la Biblia conmigo. El sábado siguiente dos familias —catorce personas entre adultos y niños— caminamos hasta la iglesia adventista del pueblo vecino.

Uno de los dirigentes laicos de la iglesia me ofreció venir a mi casa para estudiar la Biblia con nosotros y no tuviéramos que caminar tan lejos para hacerlo. Aceptamos su ofrecimiento con alegría, porque de ese modo más personas podrían escuchar este maravilloso mensaje. Invité a toda la gente para que vinieran a tener el culto en mi casa. Pronto el grupo alcanzó a reunir quince personas. ¡Mi casa estaba repleta!

Problemas en el pueblo

Los dirigentes del pueblo oyeron hablar del grupo que se reunía en mi casa para estudiar la Biblia, y se molestaron. Nos acusaron de causar problemas en la aldea. Visitamos a las autoridades y les

explicamos lo que hacíamos, pero ellos rehusaron detener las amenazas. Al día siguiente el alcalde convocó una asamblea de todo el pueblo. Cuando llegamos al lugar nos encontramos con una turba furiosa.

«¡Arréstenlos!», exclamaron. Los obreros laicos fueron expulsados de la aldea. A dos de nosotros nos dijeron que nos ahorcarían si no renunciábamos a nuestra fe. Nos negamos a hacerlo, y ataron cuerdas alrededor de nuestros cuellos. Oré por mi familia y por los nuevos creyentes mientras apretaban los nudos.

De pronto los aldeanos cortaron las cuerdas que nos ataban. Dejaron libre a mi amigo, pero a mí me golpearon y me ordenaron que le orara a un santo. Yo rehusé hacerlo y alguien volvió a golpearme. Luego el populacho me llevó delante de las autoridades del pueblo quienes volvieron a interrogarme. Rechacé negar a Cristo y poco después me dejaron libre.

Escapada nocturna

Mientras me apresuraba por llegar a casa, varios aldeanos me siguieron armados de machetes. Estaban decididos a matarme. Me escondí detrás de los matorrales y luego corrí hasta llegar a casa, donde me esperaban los dos obreros laicos.

—Vengan a vivir con nosotros en nuestra aldea mientras hacemos los arreglos necesarios con las autoridades —nos aconsejaron.

Juntamos algo de ropa, reunimos nuestros animales y nos escapamos al abrigo de la noche hasta llegar al pueblo vecino. Allí nos recibieron bondadosamente puesto que casi la mitad de los habitantes son adventistas. La gente nos acomodó en una casa mientras esperábamos que los dirigentes de la iglesia arreglaran las cosas con las autoridades de nuestro pueblo.

Asistíamos a la iglesia varias veces por semana y aprendimos muchísimo de Dios y la Biblia. Poco tiempo después mi esposa y yo fuimos bautizados.

La mano de Dios gobierna

Por fin los dirigentes de la iglesia llegaron a un acuerdo con las autoridades de nuestro municipio. Pudimos regresar a casa con libertad para adorar a Dios y compartir nuestra fe con los demás. En poco tiempo nuestro grupo superó la capacidad de nuestra casita. Las autoridades del pueblo nos dieron un terreno donde edificar una iglesia, y los dirigentes de la asociación nos proveyeron los bloques de cemento para levantarla. Continuamos compartiendo nuestra fe, y cuando terminamos la construcción de la iglesia ya habíamos alcanzado ochenta miembros.

Seguimos predicando el evangelio, y tres años más tarde la iglesia contaba con una feligresía de 200 miembros. Y actualmente, en esta región con una población de alrededor de 2.000 habitantes, ya tenemos 300 miembros de iglesia y 900 personas que asisten a la Escuela Sabática.

Alabado sea Dios por transformar una planeada ejecución en la horca, en un grandioso servicio de alabanza al Señor por su amor y su misericordia. Él siempre está con nosotros y nos da todas las cosas mediante Cristo que nos fortalece.